

vasión, en el cuartel general del príncipe de Coburg ni siquiera se trató de ella. Este extraño hecho ha querido explicarse de mil maneras, pero la explicación más satisfactoria á nuestro modo de ver, es la que se apoya en los principios de la ciencia militar de la época que enseñaban que no se debía penetrar en el interior de un país sin apoderarse antes de las plazas fuertes de la frontera. Lo que sí pare-

ce cierto por las memorias de Mallet du Pan, y por el Diario militar austriaco de 1813, es que, Coburg, aconsejado por Mack y por su propia experiencia, creyó que no era necesaria la invasión, pues, al paso que marchaban las cosas en Francia la anarquía política les daría la victoria sin correr los peligros ni los contratiempos á que se expuso y tuvo que sufrir el año anterior el duque de Brunswick. Así ya



MARAT

desde el mes de Abril se había acordado que aún después de tomada Valenciennes el ejército no se movería de la frontera bloqueando las plazas fuertes.

Esta resolución tan antimilitar y que tan por completo desorientaba á los militares franceses, es lo que daba pábulo á la creencia de una conspiración interior que debía estallar en combinación con el ejército extranjero, que siempre se explica por lo más aventurado lo incomprensible. Y en este punto hay que extrañar que la diplomacia de la revolución que tantos y tantos secretos pensamientos de sus enemigos llegó á conocer, nunca se convenciera de que mientras Prusia representaba la restauración pura y neta y aconsejaba un desembarco en la Vendée, Austria é Inglaterra nunca pensasen en

dar su apoyo á partido alguno, ni representar solución alguna de la crisis política de Francia.

Sin embargo, á mediados de Julio, Coburg propuso el plan de campaña que había de terminar en aquel mismo año la guerra, plan que el rey de Prusia se apresuró á aceptar, por lo mismo que debiendo maniobrar juntos sus dos ejércitos se impedía á Wurmser atacar la Alsacia, ataque que el rey de Prusia estaba resuelto á impedir hasta tanto que no se hubiese ultimado la cuestión del cambio de Baviera por Bélgica en beneficio de Austria. El duque de Brunswick hizo, sin embargo, sus reservas, pues temía que no fracasase por faltar las vituallas. Pero en Austria á su vez se opinaba que no convenía que los prusianos invadiesen la Lore-

na aún en compañía del príncipe de Coburg, así tan pronto se supo lo convenido se mandó de Viena un nuevo plan de campaña fundado precisamente en el ataque de Alsacia. Coburg tenía que obedecer, y de esta contra orden resultaba, que sin los prusianos Austria no podía atacar la Alsacia, y que sin los austriacos, Prusia no podía atacar la Lorena. Aún hubiera sido esto posible, si los ingleses

ó el contingente inglés que había aparecido en Flandes al mando del duque de York se hubiese mostrado dispuesto para la invasión, pero los ingleses declararon que no se moverían de la costa, á lo menos hasta haberse apoderado de Dunkerque conforme á las instrucciones que habían recibido, para lo cual pedía el apoyo de Coburg. El rey de Prusia hubo, pues, de consentir en el plan de ataque pro-



Muerte de Marat (Cuadro de David)

puesto por Austria pero siempre con la reserva de impedir el de Alsacia, pero contó con esto sin el atrevimiento y resolución de Wurmser, pues apenas Brunswick se hubo apoderado de Pirmasenz el 13 de Agosto al objeto de que los ejércitos franceses no pudieran por su espalda penetrar de nuevo en Alemania y presentarse por segunda vez en Maguncia, Wurmser desfiló por su flanco izquierdo que dejó al descubierto y se lanzó sobre la Alsacia, presentando en este momento el ejército de la coalición cuatro ejércitos aislados y sin concierto alguno. York en Dunkerque, Coburg en la Quesnoy que se le había mandado atacar; Brunswick en

Pirmasenz que habían defendido los campesinos alemanes de la izquierda del Rin y Wurmser al pie de las líneas de Wissemburg. Nunca tuvieron los franceses mejor ocasión para destruir sus enemigos, pero ya sabemos que á la sazón no tenía Francia su atención puesta en la guerra.

En agrias contestaciones habían entrado el rey de Prusia y Wurmser, á quien se había dado la orden de retroceder cuando vino á ponerlas término el conde de Lehrbach enviado por el jefe del gobierno austriaco Thugut al cuartel general.

Thugut desde que entró en el gobierno tuvo siempre por objetivo de su política restablecer las anti-

guas relaciones de paz y confianza que en otro tiempo existieran entre Rusia y Austria, por lo que una y otra vez ofreció á Catalina volver á la política de José II, siempre y cuando se opusiera al engrandecimiento de Prusia. Rusia se mostraba dispuesta á acceder, mas para ello le pedía á Austria que definiera claramente lo que para sí pedía. Rusia, como se ve, quería que la odiosidad de su conducta en Polonia la compartieran Prusia y Austria á quienes hacía representar el papel de iniciadoras del nuevo reparto. Pero Austria seguía á la vez con Inglaterra otras negociaciones que apoyaban los dos Collaredos por lo mismo que debían asegurar á su patria el poderoso concurso de Inglaterra. Ésta no quería que se realizara el cambio de la Baviera por la Bélgica, y para que desistiera le ofrecía á Austria sostenerla para que se indemnizase á expensas de Francia en Flandes ó en Alsacia. Thugut, arrastrado por esta corriente le avisó á lord Granville por mediados de Junio que Austria renunciaba de una manera formal á la Baviera, pero en secreto trabajaba para que el elector de Baviera le cediera su electorado por la Alsacia que se creía segura de conquistar.

Lehrbach llegó al campamento prusiano el 25 de Agosto y su sola presencia hizo comprender desde luego al rey de que algo importante se había de tratar ó tramarse en su daño, cuando se presentaba allí un hombre considerado como un enemigo declarado de Prusia. Lehrbach presentó desde luego la cuestión al parecer de una manera clara.—Vengo, dijo, á buscar el apoyo de Prusia para la conquista de Alsacia y de la Lorena como no se arregle lo de Baviera. Luchessini le contestó si no estaba seguro de que Inglaterra se oponía á dicho cambio, y Lehrbach le replicó con la mayor tranquilidad que nada menos que esto. Sin embargo, Luchessini había recibido un aviso confidencial por parte de lord Yarmouth el representante de Inglaterra en el cuartel general. Temiendo Luchessini un engaño retardó la respuesta hasta ver si arrancaba á Yarmouth el secreto de las intenciones de Inglaterra, pero apenas fué aquel interpelado creyendo favorecer la deseada inteligencia entre Austria y Prusia, díjole que no sólo no consentía el cambio Inglaterra sino que Austria misma había renunciado á esta combinación. Descubierta la duplicidad de Austria, Luchessini mandó suspender las operaciones en Alsacia á despecho del duque de Brunswick, que creía llegado el momento de dar un gran golpe, pero para que no hubiera equívocos en la apreciación de su conducta hizo decir á Coburg el 31 que

estaba el ejército prusiano dispuesto á secundarle en la Sarre ó la Lorena, lo que era volver al plan de Coburg, y éste lleno de entusiasmo se lo comunicó á Thugut, quien viendo que su general en jefe era un menguado político, resolvió reemplazarle á la primera ocasión para que con sus exigencias no le pusiera obstáculos á su política.

Pero Luchessini tuvo que responder á Lehrbach y naturalmente hubo de decirle que Yarmouth le había impuesto de lo que había sobre el cambio de la Baviera, á lo que Lehrbach hubo de contestar que en suma Austria quería que Prusia sancionase sus conquistas en Francia. Luchessini le replicó que conformes, si Austria garantizaba sus adquisiciones en Polonia y suscribía el tratado de San Petersburgo de 23 de Enero, á lo que Lehrbach contestó, que Rusia estaba tan poco dispuesta á exigir de Austria lo que Prusia pedía, cuanto que estaba dispuesta á aprovechar la primera ocasión para dar á Austria una parte de la Polonia. Lehrbach había tomado la revancha de las indiscreciones de Yarmouth y á su vez debía Luchessini ver cómo salía del paso, pues no podía dudarse de lo que el austriaco decía en vista de las dificultades que Prusia encontraba para entenderse en Grodno con la dieta polaca. Reservó empero la respuesta Luchessini hasta saber si se había firmado el tratado que Sievers había presentado á la dieta, y por fin, vino el correo á enterarle de todo cuanto había pasado, y de la ninguna confianza que se debía tener en el apoyo de Rusia.

Apenas se enteró Federico Guillermo de su situación, decidió cortar su nudo como Alejandro. Prusia no se había comprometido á tomar parte en la campaña de 1793 que á condición de que se le adjudicase una provincia polaca, esto no se cumplía, luego quedaba en libertad de retirar sus tropas, y para salvar su honor pedía y debía enviarlas á Polonia para defender con las armas la provincia polaca que ya ocupaba, y para que se viera clara su resolución, mandó á Silesia nuevas fuerzas para apoyar á Moellendorf, mientras él, por su parte, se disponía á trasladar su cuartel general á Polonia.

«Desde cualquier punto de vista que se considerasen, en el mes de Setiembre los diversos teatros de la guerra,—dice Sybel,—en todas partes se veían las fuerzas de la antigua Europa en pleno estado de disolución. Desde el principio de la insurrección lionesa había pedido el Piamonte á Austria un socorro de doce mil hombres, y el general imperial de Vins había apoyado calurosamente esta petición... Pero Thugut odiaba al Piamonte tanto como á

Francia, y así negaba el socorro á menos de que la Cerdeña no consintiera á engrandecerse á expensas de Francia y no cediera á Austria la provincia de Novara. Su negativa, produjo á mediados de Setiembre, la suspensión completa de un ataque felizmente principiado contra Saboya, y se desvaneció la esperanza de socorrer á Lyon apenas se hubo concebido...» En el Norte se ofrecía un estado de cosas análogas. Holanda preguntaba á Inglaterra en qué consistiría su engrandecimiento por su cooperación «y la respuesta era difícil, pues Austria no quería ceder á los holandeses una pulgada de terreno en la provincia de Lieja, y por consiguiente todavía menos una parte de sus propias posesiones.» Por todo lo cual los *Estados generales* dieron al príncipe de Orange orden de que retirase sus tropas del cuerpo que mandaba el príncipe de York y tomase una posición independiente cerca de Menin. «En suma, la gran coalición se desmembraba por todas partes; Prusia la había abandonado abiertamente, Holanda y Cerdeña estaban á punto de imitarle; la ofensiva contra la revolución mal establecida desde un principio, se debilitaba en todos los puntos, sin que los revolucionarios puedan hacerse de ello un mérito. La democracia parisiense podía ahora, á sus anchas y sin obstáculos, reunir sus fuerzas en el seno mismo de la anarquía, y atacar á su vez á la Europa dividida.»

La resuelta actitud de Prusia hizo reflexionar al gobierno ruso, pues al extremo á que habían venido las cosas era necesario á satisfacerla ó á resistirla. Rusia comprendió desde luego que si no le convenía una Prusia grande, menos le convenía una Austria poderosa, luego que engañarla era enagenarse un aliado cuando nada le aseguraba la alianza de Austria, cuya política en Polonia era tan diferente á la suya, en suma Rusia se declaró por Prusia, y Sievers pudo repetir su comedia del 22 de Julio y del 29 de Agosto. En efecto, previa la expulsión de cuatro patriotas y de la entrada de los granaderos, los corrompidos miembros de la dieta aprobaron el tratado sin los artículos adicionales,—23 de Setiembre de 1793. La dieta no podía separarse sin completar su obra, había cobardemente consentido en el segundo reparto de Polonia, ahora le tocaba poner el resto á disposición de Prusia. Al efecto, el día 30 de Setiembre acordó alianza eterna con Rusia. Rusia, pues, había podido ceder á Prusia á Posen y Thorn, ya que esto le proporcionaba apoderarse indirectamente de lo que quedaba.

«De modo,—dice Sybel,—que mientras Europa bamboleaba de todas partes, quebrantada por la re-

volución y la guerra, Rusia mediante largos y secretos preparativos, establecía su preponderancia, extendía sus conquistas por todo el país situado entre los montes Karpathos y el mar Báltico, y por segunda vez, en un mismo año, tomaba libremente posesión de un plumazo, de más de tres mil leguas cuadradas. Las cortes de Viena y de Berlín comprendían todos los peligros con que les amenazaba ese desenvolvimiento colosal de una potencia militar, pero su odio mútuo y las preocupaciones que les causaba la Francia, no le permitían conjurarla. Esta política conquistadora, hasta entonces no conocida, tuvo por único efecto inspirarles el deseo siempre vivo de salir lo más pronto posible de los embarazos que les causaba la guerra de Francia.

La actitud y la conducta de Austria para nada habían servido á Polonia que quedaba en manos de Rusia y Prusia, y el rey Guillermo pudo llegar á su nueva provincia de Posen como monarca pacífico y legítimo y no como conquistador, y en efecto así fué recibido y agasajado por sus nuevos súbditos que no le escasearon ni los aplausos, ni los discursos, ni las flores. Esto no debe olvidarse para comprender cómo Polonia fué desapareciendo poco á poco del mapa político de Europa.

En fin, el mismo rey Estanislao, una y otra vez, y ahora, repitió su instancia: le pedía á la emperatriz Catalina que para que fuera eterna é imperecedera la alianza del 30 de Setiembre, le diese por sucesor á su nieto el gran duque Constantino. Pero Catalina, que sabía la suerte que le esperaba á lo que aún dejaba en pie del reino polaco, se negó á que su nieto tuviera que representar papel tan humillante que, sin embargo, reservaba, como amante despedchada, para el rey Estanislao.

Además, por el tratado de 30 de Setiembre, se prometían las dos potencias sostenerse con todas sus fuerzas, correspondiendo el mando en jefe á la potencia que pusiera más hombres en pie, lo cual era asegurar á Rusia el mando constante de las tropas polacas, mando que venía igualmente á ejercer en tiempo de paz por otro artículo del tratado, pues se decía y convino, que interesando vivamente á Rusia la conservación de Polonia, Polonia no podía llevar á cabo reforma alguna en su constitución sin el consentimiento de Rusia, pudiendo ésta conservar sus tropas en Polonia á fin de poder velar por su independencia y tranquilidad política.

Con razón, pues, pudo decir Sievers á Catalina que sus tropas se habían hecho polacas, pues no había diferencia entre las tropas de Polonia y las de Lithuania. «Por lo que toca al rey actual, decía el im-